

2018

Ana Teresa Torres: Testigo hasta el final

Gisela Kozak-Rovero

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Kozak-Rovero, Gisela (April 2018) "Ana Teresa Torres: Testigo hasta el final," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 87, Article 2.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss87/2>

This Ana Teresa Torres is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

ANA TERESA TORRES: TESTIGO HASTA EL FINAL

Gisela Kozak-Rovero
Universidad Central de Venezuela

*Comprender no significa justificar lo
injustificable, dar razón a lo que nunca puede
tener razón, comprender es examinar y
soportar conscientemente la carga que
nuestro siglo ha colocado sobre nosotros*

Hannah Arendt

La vida y la obra de la escritora venezolana Ana Teresa Torres (1945) manifiestan el valor de la lucidez y la libertad, apuesta singular del individuo moderno que se interroga sobre su lugar en el mundo sin plegarse por conveniencia al clamor de la conformidad colectiva. Todo un reto ético en una Venezuela dividida en facciones enemigas, cuyo régimen político impugna al individuo visto cual *summum* del egoísmo, creación del Occidente capitalista marcado por las diferencias de clase, el racismo y el colonialismo. En medio de tan hostil entorno, Torres reivindica la soledad de la conciencia amén de la novelística como arte verbal hecho para mostrar y no para reivindicar. Por ende, aunque ha colocado a la mujer y a Venezuela en el centro de su obra, es ajena a cualquier afán estético militante.¹

Como venezolana, latinoamericana y mujer narradora se sabe al margen de la clase social en la que creció, de las grandes editoriales transnacionales, de las finas, intrincadas e inevitables redes del poder que

hacen más visibles a los escritores que a las escritoras o más comerciales a unas narradoras que a otras. Especular conspiraciones la aburre, prefiere entender el funcionamiento del mundo antes de condenarlo de antemano. Estoica por naturaleza, distante por hábito y racional por formación intelectual, observa más que juzga, piensa más de lo que dice y no se ve a sí misma como víctima, ni siquiera cuando objetivamente podría considerarse como tal en tanto ciudadana cabal que vive bajo la tiranía neocomunista de Nicolás Maduro.

Su obra narrativa proyecta una voluntad estética que moldea la lengua a través de la experimentación con las más depuradas técnicas novelísticas. No cabe duda de que podemos inscribir su labor estética y de reflexión en el camino abierto por la “república mundial de las letras”, la cual proyectó la figura del escritor dentro de su respectiva literatura nacional como palabra influyente. Ya los literatos no tienen ese rol de voz de la tribu, propio del campo literario de buena parte del siglo XX; su sustituto han sido los especialistas en áreas específicas. No obstante, Ana Teresa Torres forja su vocación bajo el influjo del rol público del escritor, fundamental para entender la historia intelectual y política de América Latina. Es oportuno subrayar que cuando apenas escribía sus primeros relatos, su atención estaba centrada en las novelas del boom, que en esos años llegaban puntualmente a las principales librerías caraqueñas. Los autores del boom se caracterizaron precisamente por su presencia en el debate político y social.

La identificación con la estética y con el individuo como conciencia en libertad marcan tres derroteros insoslayables en Torres: la nación, la mujer, la meditación sobre el oficio escritural². Marcan también su quehacer durante los años de la revolución bolivariana como presidenta del Pen Club capítulo Venezuela (2003-2005), cabeza visible como opositora del gobierno de Hugo Chávez de Gente de la Cultura hasta su extinción en 2004 e Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua desde el año 2006. Definen además su feminismo, inscrito en su variante más exitosa en Venezuela en el siglo XX, la reformista —como diría la crítica feminista venezolana Marga Russotto (1993: 3-34)—, enfocada sobre todo al logro de la igualdad de derechos, la transformación de las relaciones familiares, la educación y la presencia femenina en la esfera pública. En los días que corren, Torres podría ser identificada con el pensamiento de Martha Nussbaum y Seyla Benhabib, quienes reconocen la posibilidad de un universalismo cosmopolita, abierto a toda corriente de pensamiento propiciadora de las transformaciones de las condiciones materiales, políticas y sociales de la mujer.

Ante la ruina y el horror venezolanos, Torres ha valorado la herencia liberal visible en los derechos humanos, en lo cual coincide con académicos de izquierda tan connotados como el historiador Tony Judt y el crítico

poscolonial Edward Said. Rescata, además, los logros de la “democracia representativa burguesa” —como decían los marxistas de antaño— en coincidencia con escritores de indudable filiación democrática como Javier Marías y Antonio Muñoz Molina. No le falta razón. Entre 1958 y 1998 Venezuela vivió el único período con civiles al frente del gobierno, con alternabilidad en el poder, masificación de la salud y educación y florecimiento de una fuerte institucionalidad cultural, entre la cual destaca Monte Ávila Editores, editorial del estado en la que Torres publicó sus novelas hasta 1999. El rentismo, el populismo, la improductividad y la corrupción pusieron fin a esta etapa, pero negar los logros del pasado para impugnar a los partidos políticos enemigos es tratar a los venezolanos como vulgares marionetas del poder.

De este modo, entre André Gide y Jean Paul Sartre —uno la voz solitaria que denunció los horrores del estalinismo, el otro el voluntario mudo que exigió callar a nombre del futuro del proletariado—, Torres no tiene dudas: Gide es el norte, al igual que Albert Camus, Herta Müller o Svetlana Alexievich. No es casualidad esta vocación libertaria. Nacida en Caracas el 6 de julio de 1945, compartió con su generación tanto los tiempos auspiciosos de la postguerra mundial —que en Venezuela se tradujeron en una creciente prosperidad que cambió la faz del país—, como la deslumbrante certeza de un mundo que cumpliría los grandes anhelos igualitarios y libertarios perfilados por el socialismo y el liberalismo desde el siglo XIX. Del mismo modo, el arco de su vida tensado por la historia la ha hecho testigo del desmoronamiento de tantas ilusiones cuyo cumplimiento estaba a la vuelta de la esquina, la ilusiones que en los años sesenta hicieron decir a los jóvenes de la revuelta estudiantil del Mayo francés en 1968: seamos realistas, pidamos lo imposible. Pero a diferencia de quienes añoran este espíritu de época, Ana Teresa Torres no extraña el pasado. Como tantas de su generación aspiró ser a la Maga, personaje cortazariano de *Rayuela*, asumió la identidad juvenil en tanto conexión plena con el porvenir y compartió en el Ateneo de Caracas los conciertos de Soledad Bravo y Paco Ibáñez, expresión musical de la juventud izquierdista del momento, pero nada más. Para decirlo con sus propias palabras, siente nostalgia del futuro. Como Ana Frank, cuyo diario cayó en manos de la novelista y puso punto final a su infancia según sus propias palabras, Torres ha sido testigo del ascenso de un régimen que se perfila como totalitario: la revolución bolivariana. Pero durante su tránsito vital, no ha sido la nostalgia sino la afirmación estética e intelectual a través de la escritura la que ha conducido su trayectoria como una de las mujeres creadoras más importantes de la historia de Venezuela.

Desde los ocho años de edad hasta su primera juventud residió con su padre en Madrid, en plena era franquista, dedicada a estudiar, aprender

idiomas y leer literatura, lo cual, según sus propias palabras, no tenía nada de especial por cuanto los libros eran una fuente de entretenimiento normal en su contexto. Este período de su vida es recreado en el *Libro de Ana* (2015), el cual culmina con el reconocimiento temprano de su vocación de escritora. Se empeñó en regresar a la capital de su país natal, ciudad de sus personajes novelescos, a la que le dedicó una extraordinaria compilación de textos conformada por autores de tres siglos, llamada *Fervor de Caracas* (2015), para la cual escribió un prólogo que explica su fascinación por esta, su pasmo ante sus cambios, su conocimiento de su historia, lugares y bellezas. Estudió psicología en la Universidad Católica Andrés Bello entre 1964 y 1968, una carrera abierta a las mujeres que podrían, entonces, protagonizar la gesta del cambio colectivo por vías creativas y profesionales distintas al matrimonio y la maternidad. La lectora de *Memorias de una joven formal*, de Simone de Beauvoir, tempranamente había caído en cuenta de su singular apuesta por la lectura y la escritura más allá del entretenimiento, singularidad que abonó su interés por el psicoanálisis. A través de Sigmund Freud era posible entender la psique de cada individuo como un relato que necesariamente variaría de un paciente a otro y abriría la posibilidad de la cura. El lenguaje era pues la puerta del conocimiento, tal como lo pensó la escritora en su infancia cuando juraba que todo lo que decían los cuentos infantiles de los hermanos Grimm era una verdad indiscutible. También la puerta de la libertad, certeza ganada en la adolescencia con el personaje de Jo, en *Mujercitas*, de Louisa M. Alcott.

No obstante, ella ya había entendido que Julio Verne, Emilio Salgari o R. L. Stevenson, parte de ese imaginario infantil internacionalizado que ha alimentado la escritura y el cine contemporáneos, no tenía mayor espacio para la mujer sino el de la amada del héroe. *Rayuela*, de Julio Cortázar, representaba un mundo mucho más cercano al de su vida urbana de joven de los sesenta que oía blues, jazz, bailaba en discotecas y simpatizaba con la izquierda menos dogmática y más crítica con la URSS, que en Venezuela tuvo su mejor momento, posteriormente, con el Movimiento al Socialismo en los años setenta.

Identificarse con La Maga no era suficiente. Como tantas mujeres que hemos leído literatura, también la meta era convertirse en Oliveira. La psicóloga en formación, futura psicoanalista y novelista, comenzaba a definir una de sus preocupaciones clave, compartida por tantas escritoras desde el siglo XIX: la lectora se ve reflejada en el personaje masculino sin negar su identidad de género, pero impugnando tal identidad construida por el mandato de la tradición. Ahora bien, no se trataba solo de un asunto literario sino también vivencial. Los valores familiares y la sexualidad femenina rígidamente determinadas de los años cincuenta del siglo pasado eran impugnadas por las nuevas generaciones, especialmente

universitarias, primeras en disfrutar la invención de la píldora anticonceptiva. El amor loco romántico y surrealista —inmortalizado en *Nadja*, de André Breton— se remozó con Julio Cortázar a través de La Maga. El estudiantado que abarrotó en aquellos años el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, la universidad pública más importante del país, da fe del éxito del narrador argentino entre los jóvenes. Hasta la existencia cotidiana tendría que cambiar; como diría Karl Marx, se vivió como si todo lo sólido se desvaneciera en el aire.

De hecho, la cultura parecía exclusivamente asunto de la izquierda, afirma Torres con cierta ironía. La Cinemateca Nacional proyectaba a los mejores cineastas del momento, incluidos por supuesto los soviéticos, polacos y cubanos. La literatura participaba de este ambiente con entusiasmo. Adriano González León ganó en 1968 el Premio Biblioteca Breve de Novela, de la Editorial Seix Barral en España, con *País portátil* (1969), novela que retrató la tradición jacobina —montonera y guerrillera— venezolana. Lectura clave para Torres, treinta años después ella publicaría una novela que le debe a este texto tanto como lo que le impugna: se trata de *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999).

Se compartía entre escritores, pensadores y artistas emergentes la desconfianza hacia la democracia recién instaurada y hacia los constructores de instituciones culturales y educativas públicas, al estilo de intelectuales como Mariano Picón Salas. Así mismo, se extendió entre los escritores que se abrían paso el rechazo a los grandes escritores nacionales del pasado como el narrador Rómulo Gallegos y el poeta Andrés Bello, vinculados con el orden democrático que se impugnaba y con el pasado rural³. Al respecto, Torres recuerda que efectivamente solo con los años valoraría el proyecto estético galleguiano y entendería la dimensión democrática de su actuación pública. Al igual que Gallegos, Ana Teresa Torres es una escritora volcada en la nación; imposible no ubicarla en esta tradición de tan fuerte raigambre en las letras venezolanas.

Pero en aquella época de juventud no había escrito su primera novela y sus intereses estéticos era otros. Una amiga, Isabel Huizi, sugería textos que complementaban el buen ojo literario de Ana Teresa Torres, quien por casualidad en la librería LEA —más bien papelería— en el Centro Comercial Mata de Coco en Caracas, se tropezó con un tal Vargas Llosa y una novela llamada *La ciudad y los perros*. Todavía el nombre del futuro Premio Nobel no era conocido especialmente. Pero tal como lo indica Ángel Rama en “El boom en perspectiva” (2005:161-162), la popularidad de los autores como Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, José Donoso, Julio Cortázar y Carlos Fuentes serviría de plataforma para dar a conocer a otros que escribieron en décadas anteriores. Juan Carlos Onetti, el novelista uruguayo, sería un autor clave para Torres, quien incluso colocaría el nombre de Díaz Grey a uno de los personajes de su novela

Nocturama. Por supuesto, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier, Augusto Roa Bastos también llegaron a sus manos. El canon masculino se imponía en su contundencia irremediamente dado el período de formación universitaria y literaria de Torres. Habría que esperar el encuentro con la gran tradición de escritoras en lengua inglesa. Hablamos de Jane Austen y las hermanas Bronte pasando por Virginia Woolf, Patricia Highsmith y Carson McCuller hasta desembocar en nombres como los de Margaret Atwood, Iris Murdoch, Alice Munro y, en los últimos años, Sarah Waters. Del mismo modo, tendrían que esperar sus lecturas y relecturas a fondo de la literatura venezolana y de las narradoras como Teresa de la Parra, Ada Pérez Guevara, Dinorah Ramos, Elisa Lerner, Gloria Stolk, entre otras, sus antecesoras en su voluntad de abordar la mujer y la nación como horizonte clave de la escritora en el campo literario venezolano. De hecho, su reconocimiento de tales antecesoras literarias se extiende a aquellas mujeres que cambiarían el rol de la mujer en el país. De hecho, escribió la biografía (2010) de una de ellas, Lya Imber de Coronil, una de las primeras médicas de Venezuela.

La joven de los sesenta —al día con los éxitos de Aretha Franklin, Joan Baez, Miriam Makeba y Bob Dylan— dio paso a finales de los sesenta y principios de los setenta a la mujer adulta, que dejó atrás la universidad, pero también el puro gozo hedonista, característico de una identidad fundada en la juventud como motor de una nueva sociedad. No por casualidad, Torres se refiere a su conducta política durante su formación como psicóloga en términos de una búsqueda destinada a la emancipación personal. Tal búsqueda marcó un período cualitativamente distinto de la izquierda internacional: lo personal es político. Mujeres, homosexuales y lesbianas, jóvenes, minorías étnicas y religiosas, dibujaron un espacio de activismo que perdió hasta cierto punto de vista el destino nacional a favor del destino personal. Con todo, Torres —quien trabajó en los setenta como psicóloga en la red de salud pública venezolana⁴— era plenamente consciente de vivir en un país que requería de una acción colectiva capaz de involucrar a todos los sectores. Esta experiencia profesional quedaría reflejada décadas después en su novela *Vagas desapariciones*, cuyos personajes se mueven en los meandros de la locura.

A despecho de su alta tasa de movilidad social y sus niveles de consumo, en Venezuela persistía la pobreza traducida en viviendas inadecuadas y dificultades con el acceso y la calidad de los servicios públicos. El machismo campeaba libremente; por ejemplo, las mujeres de bajos recursos no podían esterilizarse sin permiso del marido a pesar de contar con amplia descendencia. Se vivía un período de prosperidad evidente en la atracción de inmigrantes, amén de las tasas de crecimiento económico, la expansión de las principales ciudades y el

salto exponencial de la profesionalización en la población, pero no todo marchaba como debía. Ana Teresa Torres da fe de este clima de apogeo desde su posición de mujer de izquierda, simpatizante del Movimiento al Socialismo⁵. En la novela *El exilio del tiempo*, se registran los setenta como años de una conmoción generalizada, de la ruptura con una manera de vivir Caracas, ciudad emblemática en la obra de la escritora. La pasión destructora del pasado se aunaba con un ansia de modernidad tecnológica y arquitectónica cuyas raíces en el boom petrolero de 1973, año de la primera victoria presidencial de Carlos Andrés Pérez, prefiguraban su futura decadencia⁶. Tanto en *El exilio del tiempo* como en *Doña Inés contra el olvido*, la transformación contemporánea de Caracas producto de la riqueza petrolera es vivida como ultraje y maravilla, con la certeza de la falsedad entreverada con la euforia de la novedad. Los años setenta, como ninguna otra década del siglo pasado, fue el principio del fin de la democracia venezolana en 1998, pues la riqueza súbita deslumbró a la población. El estado venezolano trocó en “estado mágico”, como bien lo describe el antropólogo venezolano Fernando Coronil (2013) en su libro con este nombre, cuya cualidad hechicera llegó a su máximo esplendor con la revolución bolivariana. En la mencionada novela *Nocturama*, la degradación absoluta de la población es el saldo final de esta perversión histórica. Junto con *El exilio del tiempo* y *Doña Inés contra el olvido*, esta novela conforma la trilogía de Caracas, la visión en el tiempo de una ciudad amada y padecida.

Aunque escribía desde temprana edad, fue en 1971 cuando se atrevió a enviar un relato suyo al muy prestigioso concurso de cuentos del diario *El Nacional*, reconocimiento con el que ha comenzado la carrera de gran parte de los narradores de renombre en el país. El ganador fue José Napoleón Oropeza con “La muerte se mueve con la tierra encima”, muy respetado como escritor por Torres, quien quedó deslumbrada y al mismo tiempo anonadada: cómo se le había ocurrido que ella podía competir con autores de semejante categoría. Con un tiento no exento de timidez, comenzaba a darse a sí misma el permiso de considerarse una escritora. Posteriormente, obtuvo una mención de honor en 1973 por “Los quehaceres de la tarde”. Psicóloga y psicoanalista en formación, pensaba que su carrera exigía demasiado para al mismo tiempo cultivar la vocación literaria. Su admiración por los escritores del boom le señalaba la magnitud de la tarea, además de recordarle en su esplendor que las mujeres no estuvieron invitadas a tan lujoso banquete literario. Se trataba de hacerse con un canon supuestamente fuera del alcance creativo de la mujer, de acuerdo a ideas no del todo superadas incluso hoy día.

Escritores nacidos en la década de los cuarenta como la propia Torres, irrumpieron con novelas que resonaron en el medio literario de ese entonces. *Historias de la calle Lincoln* (1971), de Carlos Noguera; *Piedra*

de mar (1968), de Francisco Massiani —recordado por Torres como un hombre bellissimo y exaltado, arquetipo del “joven escritor” —; *El mago de la cara de vidrio* (1973), de Eduardo Liendo; *El desolvido* (1971), de Victoria de Stefano (Duno en aquella época); y *No es tiempo para Rosas Rojas* (1975), de Antonieta Madrid, nacida en 1939. Todavía ella no se atrevía a asumirse como narradora pero leía y admiraba a escritores que se había destacado en los sesenta, como Salvador Garmendia, a quien considera a la altura de José Donoso, y a José Balza, espléndido narrador de larga trayectoria. Pero sería otro el escritor que marcaría una inflexión en la vida de Ana Teresa Torres.

Francisco Herrera Luque constituyó un hito en el trayecto vital que culmina con la salida a la luz de *El exilio en el Tiempo* en 1989. Psiquiatra y cultivador de la novela histórica con gran éxito, la invitó a trabajar con él como psicóloga. La relación profesional devino en amistosa por lo cual ella incluso leyó el manuscrito de *Boves el Urogallo* (1972), novela éxito de ventas en Venezuela, versionada para televisión con igual fortuna. Lectora de Juan Carlos Onetti y José Donoso, el realismo sin pretensiones de Herrera Luque no la impresionó en absoluto, aunque reconoce que se trataba de una historia bien contada con personajes que sin duda captan la atención. Entre los escritores del campo literario venezolano Herrera Luque no caló en lo absoluto. Visto en la distancia, se trataba de un autor con una mirada positivista sobre las patologías sociales venezolanas, de estética realista más cierto don narrativo captador de la atención en lectores tradicionalmente apasionados por la historia como explicación última del presente. Da la impresión de que entre los lectores de mi país esta obsesión por lo real justifica, en última instancia, la lectura de ficción. Ana Teresa Torres, junto con Federico Vegas y Michaelle Ascensio, constituye un momento cimero de la narrativa histórica en Venezuela. Su labor estética de lejos es mucho más lograda que la de Herrera Luque, pero no cabe duda de que la impronta de este narrador fue esencial por cuanto la joven psicóloga cayó en cuenta de que la vocación literaria y la labor terapéutica no estaban reñidas en lo absoluto. Que Herrera Luque entusiásticamente presentara en público *El exilio del tiempo* constituyó un mutuo homenaje literario y amistoso.

A través del propio Herrera Luque conoció a Gastón Carvallo, ya fallecido, con quien se casaría y tendría dos hijos, Gastón (1975) e Isabel (1977). Clarividente y con vocación casamentera, Herrera Luque insistió en que se conocieran dada la posible afinidad intelectual entre ellos. Hombre de vastas lecturas filosóficas, históricas, políticas y literarias, participante de la guerrilla marxista-leninista contra el régimen democrático legítimo de Venezuela, Carvallo padeció cárcel y exilio por esta razón, pero dejó de validar los caminos autoritarios e insurgentes para inclinarse por la socialdemocracia. Fue cercano al ya mencionado Movimiento al

Socialismo (MAS), amigo personal de figuras relevantes en el mundo intelectual, político y académico venezolano como Teodoro Petkoff y Miguel Otero Silva. Terrateniente de origen y de profesión, cultivaba él mismo con rigor la investigación histórica y perteneció al Centro de Estudios del Desarrollo, de la Universidad Central de Venezuela.

Miguel Otero Silva, propietario y fundador del Diario *El Nacional* importantísimo en el devenir de los medios venezolanos, fue un novelista de calidad que dejó obras tan memorables como *Cuando quiero llorar no lloro* (1970), *Casas muertas* (1955) y la a mi juicio su novela maestra, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (1979). Su obra periodística y política como parlamentario en tanto hombre de izquierda, sin duda contribuyó con la institucionalidad cultural, política y mediática nacional. Al igual que a Herrera Luque y Carvallo, le apasionaba la nación, coincidencia a favor de la escritora, pues su interés por este tema encontró en semejante clima intelectual el mejor caldo de cultivo. Torres lo describe como un hombre fascinante, capaz de conversar de tauromaquia con la misma soltura que abordaba la obra de Lenin, la pintura contemporánea, la historia de Venezuela o la literatura europea del siglo XIX. Con un sentido del humor envidiable y una simpatía desbordante, aquella figura intelectual contrastaba con quien fue sin duda el patriarca de los intelectuales venezolanos, Arturo Uslar Pietri, erudito y liberal. Con perspicacia, Torres percibía perfectamente el papel de la mujer en un contexto de hombres de ese estilo: observadora atenta aunque sin duda estimada por sus propias virtudes creativas. En cualquier caso, la voz cantante era siempre más grave que aguda.

En 1984 Ana Teresa Torres obtiene finalmente el preciado galardón del Concurso de cuentos del Diario *El Nacional* con el relato "Retrato frente al mar". El propio Miguel Otero Silva le entregó el premio, en su rol del director del periódico, estimulándola a seguir en el camino de la ficción. *El exilio del tiempo*, su primera novela, aguardaba por editor, pero el jurado del premio de *El Nacional* constituido por María Fernanda Palacios, Carlos Noguera y Ben Ami Fihman significó para la novelista la autorización para asumirse plenamente como escritora. La narrativa venezolana regresaba del experimentalismo cuya figura cimera fue Oswaldo Trejo. Era el momento de *El exilio del tiempo*, recuperación memoriosa de la vida de la antigua burguesía caraqueña, sector del que proviene Ana Teresa Torres, tema por demás infrecuente en la literatura venezolana de la segunda mitad del siglo XX. Su parentesco con *Un mundo para Julius*, de Alfredo Bryce Echenique, expresa la deuda con el boom pero también la vuelta de tuerca del punto de vista narrativo, expresamente construido para la representación de la voz femenina. En parte novela de formación, el trasfondo colectivo de la historia de la burguesía y de la Caracas de siglo XX atempera todo intimismo en el tratamiento del

sujeto en evolución. La presencia de los inmigrantes mediterráneos y judíos ilumina al país cuya configuración cultural contemporánea abreva en la más compleja diversidad. La biografía de la autora, concedora del mundo representado, no inhibe la ironía y la distancia. Los lectores de Monte Ávila Editores dieron su aprobación unánime, noticia que le fue transmitida a la autora por otra escritora venezolana, que cuenta por cierto con una reconocida trayectoria cuentística: Silda Cordoliani. El peculiar modelo administrativo de esta editorial del estado venezolano impidió la salida a la luz inmediata, la cual no llegaría hasta 1989⁷. La publicación significó un hito en la trayectoria creativa de la autora, amén de marcar un cambio en la forma de novelar en Venezuela. La voz de las mujeres narradoras resonaba ahora en igualdad de condiciones respecto a la estupenda trayectoria de la poesía femenina, tal como evidenció igualmente la obra de novelistas al estilo de Antonieta Madrid, Milagros Mata Gil y Laura Antillano. Se sumaron a los ya consagrados como José Balza, Salvador Garmendia, Adriano González León, Isaac Chocrón, Eduardo Liendo y Francisco Massiani. Para este momento, *Doña Inés contra el olvido*, extraordinario fresco histórico de la era republicana venezolana, esperaba por la llegada a manos de los lectores.

Ana Teresa Torres había tratado de conjugar la práctica psicoanalítica —para la cual se había formado entre 1977 y 1982 en la Asociación Venezolana de Psicoanálisis— con la escritura y la docencia. Poco a poco, durante un período de cinco años, esa ama exigente llamada literatura absorbió tiempo y energía a todo lo demás hasta que ganó la partida en 1993. Una herencia paterna significó la sanción definitiva de su destino: desde esa fecha hasta ahora la escritura se convirtió en labor exclusiva⁸. Para Torres su oficio es pasión y por lo tanto vocación, en su caso exitosa dentro del reducido campo de lectores venezolanos. Aunque ha colocado toda su obra publicada en su página web (<http://www.anateresatorres.com>⁹), se confiesa adicta al libro impreso y al buen hacer de las editoriales. Jamás se interrogó acerca de la posibilidad de vivir de sus libros; solo pretendió ser fiel a su voluntad creativa, marcada por la herencia de la obsesión nacional presente entre nosotros desde la independencia de España, la cual hizo suya con el distintivo rasgo de la perspectiva de género. Esta devino en mirada técnicamente renovadora, tal como evidencia *Doña Inés contra el olvido* (1992) —publicada asimismo por Monte Ávila Editores— cuya protagonista desacraliza el discurso de la gran historia de hazañas guerreras y transformaciones modernas al alzar su voz desde la muerte, para impugnar el orden que los varones moldearon a su antojo. *Noticias del imperio*, del mexicano Fernando del Paso, en especial el personaje de la delirante Carlota, son las líneas sobre las cuales se levanta la potencia estética de Torres en este texto, galardonada con el Premio Pegasus (1997) a la mejor novela escrita en

Venezuela en la década de los noventa y traducida al inglés por Gregory Rabassa.

Precisamente en esta década, comienza la democracia venezolana a hacer aguas. El llamado “caracazo” de 1989, una ordalía de sangre y robo disfrazada hoy en día de rebelión popular por la revolución bolivariana, fue la clarinada. En 1992 hace su aparición Hugo Chávez Frías con dos golpes de estado contra el gobierno legítimo de Carlos Andrés Pérez. De nuevo los militares pretendían volver a la política venezolana para “poner orden”. El ambiente que se vivía era ominoso, como si un meteorito estuviera acercándose mientras contemplamos la televisión. Comenzaba a cuentagotas la migración de los jóvenes profesionales descendientes de europeos. La nostalgia del futuro, sentimiento descrito por Torres, fue compartida por las nuevas generaciones que —criadas bajo el espejismo de la riqueza petrolera y la prosperidad pasada—, esperaban de Venezuela mucho más que golpes de Estado, saqueos e inseguridad personal, amén de mostrarse incapaces de organizar una lucha por la democracia que no significase su destrucción. El segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez fue de una insólita impopularidad tomando en cuenta su éxito electoral en 1988. Rafael Caldera ganó las elecciones en 1993 e intentó capear el temporal económico que significaron los precios del petróleo, en baja hasta llegar a los ocho dólares por barril. La percepción generalizada de un quiebre del bipartidismo, amén de la economía, contribuyeron al desasosiego que marcó una década culminada con el triunfo de la revolución bolivariana en 1998.

A pesar del éxito y los reconocimientos, esta época no fue fácil para Ana Teresa Torres¹⁰, de hecho no lo fue para ningún escritor. Las nuevas voces narrativas de los noventa como Israel Centeno, Ricardo Azuaje, Juan Carlos Méndez Guédez, Luis Felipe Castillo, Dinapiera Di Donato y Juan Carlos Chirinos vieron luz en FUNDARTE, con un muy buen catálogo, o en Monte Ávila, ambas estatales; no obstante, tuvieron que empezar a publicar sus libros posteriores en editoriales alternativas. La reducción de los precios del petróleo, el eterno árbitro del destino nacional, se sintió en las instituciones culturales venezolanas.

Fue para la autora un período de una extraordinaria productividad a pesar de las dificultades de publicación. A diferencia de autores como Adriano González León y Francisco Massiani, muy famosos por una novela en especial, Torres pertenece a la estirpe de los escritores con una obra más extensa y regular en el tiempo: Rómulo Gallegos, Miguel Otero Silva, José Balza, Salvador Garmendia, Eduardo Liendo, Victoria de Stefano y, más recientemente, Juan Carlos Méndez Guédez y Federico Vegas. Salieron de imprenta tres textos de teoría psicoanalítica, lo que la convierte en la psicoanalista con más libros publicados en el país. Se trata de *El amor como síntoma* (1992), *Territorios eróticos* (1993) y *Elegir la*

neurosis (1998). Dada la situación de las editoriales estatales, exploró otras alternativas para sus textos de ficción. Publicó en Grijalbo (Venezuela) *Vagas Desapariciones* (1995). Según Torres se leyó mucho mejor en su segunda edición por la editorial ALFA (2011), sobre todo por curadores de arte como Gerardo Zavarce y Lorena Gonzalez, interesados en el personaje del artista plástico sometido y trocado en marginal por la enfermedad mental. Su público ya se había acostumbrado a la novela histórica pero Torres usa la libertad que, a su entender, tiene el escritor venezolano: poder escribir lo que quiera porque no tiene mayor éxito comercial y los editores no hacen exigencias particulares.

Malena de cinco mundos (1997) es prueba de esta libertad que se concede la autora. Como en toda su obra novelística, demuestra un consumado dominio técnico, propio de una narradora cuya vocación se define desde la pasión lectora y la atenta observación del cine como arte de narrar. La polifonía perfila con rotundidad el registro singular de cada personaje, reencarnaciones sucesivas de una misma mujer desde la antigua Roma hasta el siglo XX, pasando por el renacimiento italiano, la colonia venezolana y el siglo XIX. Las Malenas bajo la égida de los señores del destino impugnan un orden masculino que las somete a vidas que no hubiesen escogido. Aunque en *El exilio del tiempo* y *Doña Inés contra el olvido* el tema de la mujer en su situación de sujeción fue sin duda expuesto, es *Malena de cinco mundos* la novela donde el tema se proyecta en una perspectiva histórica de largo aliento, como una exploración de la herencia occidental, plasmada en géneros como la picaresca, la biografía y la novela del romanticismo decimonónico. Igualmente, aunque ha sido estudiada en el mundo académico, no ha tenido la proyección que merece dada su absoluta originalidad, en especial en el contexto venezolano. No cabe duda que el conservadurismo lector impidió que se entendiera el valioso trabajo estético del texto, su ironía y mordacidad respecto al alcance del patriarcado, amén del atractivo de su lectura fluida, cual se tratara de una novela de aventuras. Fue publicada primero en Washington pero su edición venezolana tendría que esperar hasta el 2001 por cuanto la decadencia editorial de aquellos años no permitió su aparición.

Volviendo al tema de la mujer, durante los años noventa Ana Teresa Torres emprende un proyecto muy importante para la literatura venezolana: la preparación de la antología *el Hilo de la voz Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX* (2003), en compañía de la reconocida poeta venezolana Yolanda Pantin. En un simposio sobre literatura venezolana, organizado por el crítico Karl Kohut en la Universidad de Eichstatt (Alemania, 1996), Torres escuchó a Pantin disertar sobre la poesía escrita por mujeres en Venezuela y halló francas similitudes con las narradoras. Ambas fueron becadas por la Fundación Rockefeller (estancia) y por el Roberto Celli Memorial Fund (viaje) para cumplir una

residencia en 1999 en el Bellagio Study & Conference Center (Italia), lo cual les permitió culminar la antología. La belleza del Lago Como no impactó tanto a Torres como los hábitos principescos de la residencia y su tardío descubrimiento de sus habilidades para el *bocce*, llamado en Venezuela bolas criollas. Las maletas de libros que casi causaron un homicidio culposo en las escaleras de la espectacular estación de tren de Milán, sirvieron para darle cuerpo a la recopilación. El aporte que significó poner en orden críticamente un siglo de poesía y narrativa escrita por mujeres por sí solo justificaría que Ana Teresa Torres —y desde luego Yolanda Pantin, la más importante poeta del país junto a Rafael Cadenas y ganadora en 2017 del premio de poesía Casa de América, España— formara parte de la historia de la cultura y la literatura en Venezuela.

El capítulo de los regímenes comunistas del siglo XX parecía cerrado con la caída del muro de Berlín, pero la historia no es un largo aprendizaje sino una creación humana carente de exactitud y maleable desde los poderes en juego. Venezuela es una nueva versión de viejos fracasos, la prueba de que hay voluntades de poder tan férreas que toda racionalidad mínima es desafiada. Ana Teresa Torre narró en *Los últimos espectadores del Acorazado Potemkin* (1999), escrita en los años 90 antes del arribo a la primera magistratura de Hugo Chávez, la historia de un guerrillero marxista-leninista vista desde los ojos de su hermano. Se descubre el hilo existente entre el revolucionario y el caudillo campesino y militar, su lógico antepasado en el imaginario jacobino venezolano. Este imaginario fue cuidadosamente analizado por Torres en su ensayo *La herencia de la tribu*. Vida y obra de Ana Teresa Torres se entrecruzan en *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* pues el personaje masculino que rompe con su padre para entregarse a la política está inspirado en Gastón Carvallo, quien fue su esposo. Confiesa su deuda con *País portátil*, de Adriano González León, en cuanto al montaje en dos tiempos históricos distintos, aunque indica que no fue plenamente consciente de tal influencia hasta después de haber escrito el texto. La escucha psicoanalítica que aporta al discurso de quien habla lo que no quiere ver, funciona como distanciamiento irónico del heroísmo guerrillero. Lo que en *País portátil* es apuesta por la revolución, en esta novela es acta de defunción.

Se publica en Monte Ávila en 1999, año en que despunta la revolución bolivariana, pero los años han proyectado su valor como clarividencia estética que demuestra cuán anclado en la vida colectiva está el lenguaje de Ana Teresa Torres. De hecho, el texto es punto culminante de una tradición narrativa —testimonial y novelesca— en la que el revolucionario de los años sesenta es protagonista. Tenemos las ya mencionadas *No es tiempo para rosas rojas*, de Antonieta Madrid; *El desolvido*, de Victoria de Stefano; además de *Cuando quiero llorar no lloro*, de Miguel Otero Silva. Debemos sumar *Aquí no ha pasado nada* (1972), de Ángela Zago; *Percusión*

(1993), de José Balza; la obra de Eduardo Liendo, en especial *Los topos* (1975) y *El round del olvido* (2002); *Calletania* (1992), de Israel Centeno; *Juana la roja y Octavio el sabrio* (1991), de Ricardo Azuaje; *El diario íntimo de Francisca Malabar*, de Milagros Mata Gil (2002).

La literatura venezolana evidenció el porvenir, mostrando así una densidad y comprensión cultural y política indudable. La revolución bolivariana a partir de 1998 resucitaría, hasta llegar hoy a las puertas del totalitarismo, la aspiración entre angélica e infernal de una sociedad perfecta, cuya imposibilidad práctica es conjugada desde la intervención estatal como presencia orwelliana que asfixia a la sociedad y la esclaviza. La simpatía que causó la revolución bolivariana en la izquierda internacional, en la académica en especial, ha cedido al estupor ante la destrucción de Venezuela. Pero dentro del mundo del pensamiento, la literatura y el periodismo venezolanos, hubo muchísima más suspicacia hacia la revolución bolivariana desde las tempranas e intemperantes acciones del caudillo militar Hugo Chávez Frías, quien en 2005 se decanta públicamente por el socialismo. Ana Teresa Torres y la poeta Yolanda Pantin inauguraron la resistencia de escritores, académicos, cineastas y artistas a la revolución bolivariana. Comenzaron sus acciones a raíz de un panfleto xenófobo suscrito por el oficialismo que acusaba a los opositores de extranjeros antirrevolucionarios. Redactaron un documento publicado en la prensa en 2001 que fue seguido de otros tantos comunicados suscritos por escritores, artistas y académicos a favor y en contra de la revolución bolivariana. Yolanda Pantin, Antonio Sánchez García y la propia Torres lideraron Gente de la cultura, la cual trabajó conjuntamente con la Coordinadora Democrática, coalición de partidos y organizaciones no gubernamentales, en la oposición a un régimen con apoyo popular pero prácticas contrarias a los derechos humanos y el ordenamiento jurídico democrático. Se organizaron numerosos recitales y foros en Caracas, amén de un evento multitudinario en un hotel de esta ciudad en apoyo a la huelga general del 2002, en el cual Torres leyó un documento y tuvo la voz cantante. Fue en este tiempo presidenta del capítulo venezolano del PEN Club de Venezuela, institución internacional preocupada siempre por las libertades estéticas y de expresión en el mundo. En 2004, el referéndum revocatorio ratificó a Hugo Chávez en el poder y la Coordinadora Democrática se disolvió, al igual que Gente de la Cultura.

Ser cabeza visible de este movimiento de resistencia ocupó sus energías pero su actividad intelectual no cesó. Publicó la antología de literatura escrita por mujeres *El hilo de la voz* (2002); varias novelas: *Malena de cinco mundos* (2001), *La favorita del señor* (2001, 2004), y *Me abrazó tan largamente. Dos novelas* (2005); *Cuentos completos* (1966-2002); la recopilación de artículos sobre el oficio literario, *A beneficio de inventario*

(2000); y los ensayos sobre psicoanálisis y literatura de *El alma se hace de palabras* (2003).

En este período, Ana Teresa Torres cultiva una nueva etapa creativa luego de estos textos ligados todos a su extensa producción de la década del noventa. De nuevo su protagonista es un personaje femenino, pero esta vez es una psiquiatra canadiense sin demasiado éxito que reside en Venezuela y tiene afanes detectivescos. Con *El corazón del otro* (2005) y *La fascinación de la víctima* (2008), la exploración de las virtualidades de los géneros, uno de los talentos más conspicuos de Ana Teresa Torres, se orienta hacia el relato de intriga. Desde luego, los lectores de Torres habituados al tema de la nación no se sintieron especialmente cómodos con el cambio, al igual que con el erotismo de *La favorita del señor*, finalista en 1995 del Premio de Novela de Tusquets, *La sonrisa vertical*. Al respecto, reconoce el derecho de quien lee a no convalidar toda la trayectoria de un escritor; en definitiva, solo la libertad justifica la aventura literaria en Venezuela. Continuar en la misma ruta le genera simplemente aburrimiento.

Esta etapa literaria de Torres coincide con una redefinición en cuanto a la intervención pública de académicos y escritores en los asuntos colectivos pues el campo literario, artístico y académico se habían polarizado en pro y en contra de Hugo Chávez. Antes de 1998 las editoriales del estado publicaron a escritores de diversas tendencias políticas¹¹; una vez que la revolución bolivariana anunció abiertamente su intención de construir una nueva hegemonía —con exclusión de sus oponentes—, académicos, escritores y artistas incursionaron en el mundo cultural privado. El control de cambio, instaurado en el año 2003 y vigente hasta hoy, amén de la repolitización de los sectores profesionales interesados en comprender qué estaba pasando en Venezuela, incentivó la inversión en autores venezolanos. Se creó un público lector que se volcó a leer historia —Elías Pino, Inés Quintero, Manuel Caballero— y novela histórica como fueron los casos de *Falke*, de Federico Vegas y *El pasajero de Truman*, de Francisco Suniaga. La editorial Alfa, conducida hasta el año 2008 por Leonardo Milla y desde entonces por Ulises Milla, fue protagonista en recoger el pensamiento venezolano independiente, amén de la narrativa venezolana emergente.

En cuanto a narrativa, Alberto Barrera (1960) ganó el Premio Herralde de Novela 2006 con *La enfermedad*. Entre 2005 y 2015 publican en editoriales privadas —Alfa, Oscar Todtmann Editores, FUNDAVAG, Fondo Editorial de la Cultura Urbana, Bid & CO, Lugar Común, Libros del fuego, Alfaguara, Madera Fina, más las filiales venezolanas de Random House Mondadori Venezuela, Ediciones B y Grupo Planeta— escritores de distintas generaciones, desde nacidos en los treinta hasta nacidos en los ochenta del siglo pasado. Mención especial merece la Editorial

Equinoccio, de la Universidad Simón Bolívar — institución de educación pública— en su labor de coedición con el banco BANESCO. Hablo de Elisa Lerner, Antonieta Madrid, Krina Ber, Ednodio Quintero, Michelle Ascencio, Eduardo Liendo, Carmen Vincenti, Victoria de Stefano, José Balza, Óscar Marcano, Antonio López Ortega, los mencionados Suniaga y Vegas, Rubi Guerra, Israel Centeno, Javier Vidal, Héctor Concari, Pedro Plaza Salvati, Milagros Socorro, Fedosy Santaella, Sonia Chocrón, Miguel Gomes, Jacqueline Goldberg, Gustavo Valle, Leopoldo Tablante, Boris Izaguirre, Salvador Fleján, Adriana Villanueva, Gisela Kozak Rovero, Juan Carlos Méndez Guédez, Camilo Pino, Héctor Torres, Yeniter Poleo, Roberto Echeto, Lucas García, José Urriola, Roberto Martínez Bachrich, Rodrigo Blanco, Hensli Rahn, Gabriel Payares, Enza García Arreaza.

Ana Teresa Torres, por cierto, fue parte activa en este clima de novedad literaria; organizó junto con el destacado narrador y cronista Héctor Torres la Semana de la Narrativa urbana, evento que contó con cuatro ediciones entre 2007 y 2010 y con recopilaciones de cuentos.

La editorial ALFA ha sido clave en su trayectoria. Con esta casa publicó su libro más exitoso en cuanto a ventas hasta el momento, *La herencia de la tribu: del mito de la independencia a la revolución bolivariana* (2009), un ejercicio de historia intelectual del autoritarismo en Venezuela, texto que logró una mención en el premio de ensayo Casa de América y fue presentado por el novelista mexicano Jorge Volpi en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2010. Antes publicó la novela *Nocturama* (2006), título que refiere a la exposición museística de animales nocturnos, referencia sustraída de su lectura de *Austerlitz*, de WG. Sebald. Se trata de una distopía que evidencia no solo las lecturas de textos como *1984*, de George Orwell, sino también la afinidad de Torres con el cine, cuyas técnicas narrativas aportan, a su juicio, más novedades que la propia literatura en los días que corren. Aquel mundo de seres que deambulan en una ciudad destruida, que puede definirse como postapocalíptica, es narrado como memoria pasada por una nueva sociedad escondida entre montañas, el reino de *Nocturama* (2006). Sorpresivamente, el texto aparentemente más alejado de las predisposiciones realistas de Torres está basado en anécdotas que la autora recogió de la prensa venezolana de los primeros años de siglo XXI. Otro volumen marca esta época extraordinaria con la Editorial ALFA: *Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina* (2007), texto de teoría psicoanalítica dedicado a la mujer y a confrontar críticamente a los grandes maestros como Freud, Lacan y Klein. Distante del feminismo lacaniano y postestructuralista de Hélène Cixous, Luce Irigaray o Julia Kristeva, prefirió indagar sobre los caminos que abría el psicoanálisis para la mujer vista como sujeto en la historia. En 2012, *El oficio por dentro* muestra el pensamiento estético de Torres, en la misma línea de *A beneficio de inventario*.

Si *Nocturama* anuncia la destrucción de Venezuela producto de la revolución bolivariana, destrucción que hoy día es absolutamente palpable y visible, *La herencia de la tribu* (2009) es la genealogía del pensamiento jacobino venezolano, fuente intelectual e ideológica de la revolución bolivariana. Manifiesta afinidades nacidas al calor de tiempos históricos difíciles; también historiadores como Elías Pino y Manuel Caballero se preocuparon por el trasunto autoritario de la historia de las ideas en Venezuela y por el militarismo. Poemarios como *País y Hueso Pélvico*, de Yolanda Pantin, dieron cuenta igualmente de la atmósfera opresiva del militarismo convertido en imagen, lengua y cultura. Igualmente, politólogos como Miguel Ángel Martínez Meucci y Colette Capriles pensaron la revolución bolivariana como fenómeno político y social cualitativamente nuevo en el país pero anclado sin duda en el pasado. No obstante, sería la antropóloga, historiadora y novelista venezolana de origen haitiano, Michelle Ascencio, quien tendría una influencia determinante en Torres. Ambas se propusieron a consciencia indagar sobre el advenimiento de la revolución bolivariana. Confiesa no haberse repuesto todavía de su muerte en 2014, amén de reconocer su deuda intelectual con ella en *La herencia de la tribu*. Su mirada antropológica y cultural significó una nueva perspectiva, una visión de mundo irremplazable para la autora, quien entendió la importancia de la religión en nuestra historia político-social. Dos libros de Ascencio son sumamente significativos en este período, *Las diosas del Caribe* (2007) y *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos* (2012)

El fallecimiento por enfermedad de Michelle Ascencio coincidió con las protestas del año 2014. Ana Teresa Torres, fuera del país en aquel momento, no pudo asistir a su funeral. Ascencio nos dejó en medio del advenimiento de un gobierno de ribetes totalitarios como el de Nicolás Maduro. Desde 2013, la tiranía ha convertido el hambre, la cárcel, el asesinato y el miedo en un dispositivo de control social absoluto, sin contar ya con la legitimidad del voto popular que tuvo su autoritario y mesiánico antecesor, Hugo Chávez Frías.

Sobre estos años, cedo la voz a Ana Teresa Torres, quien conversó conmigo por Skype varias semanas antes de emprender este ejercicio biográfico de una figura con quien poseo una impagable deuda literaria y de pensamiento:

He sido testigo de mi tiempo. La niña observadora dio paso a la muchacha y a la adulta interesada en la psicología, el psicoanálisis y la literatura, actividades todas que requieren de una mirada atenta y una escucha sin premuras. Como persona, escritora y ciudadana he conquistado grados de libertad interior y de pensamiento de los que carecía en mi juventud, cuando estaba convencida de que ser libre significaba el mundo a mis pies. Además, las mujeres hemos alcanzado una voz pública que no teníamos, aunque el camino por delante todavía es

largo; mientras se requiera inteligencia y no fuerza bruta, las mujeres seguirán avanzando. En Venezuela no podemos dar fe de tal avance, por cuanto el dictador Nicolás Maduro —en medio del hambre generalizada, cifras escandalosas de embarazo precoz y el desmantelamiento de la educación formal— pide a las jóvenes que procreen, otra similitud con su estimado Jozef Stalin. Aunque sea más libre como sujeto en el presente, vivo en un país con rasgos totalitarios que recuerda las historias de Ismail Kadaré, Danilo Kis, Svetlana Alexievich, Vassilli Grossman, Iván Bunin, Imre Kertesz, Boris Pasternak, Alexander Solzenitzin o el norcoreano que se ha dado a conocer con el seudónimo de Bandi. Siento más afinidad con estos autores de la cortina de hierro que con los cubanos, aunque no tengo muy claro el motivo.

La coyuntura política por la que compartí con Yolanda Pantin el afán por la literatura del este de Europa, me hizo distanciarme de mi pasión por la literatura hispanoamericana y española. En todo caso, prefiero a Javier Cercas, Jorge Volpi, Ricardo Piglia, Carmen Boullosa, Edna García Portela, Rosario Ferré, Nuria Amat y Antonio Muñoz Molina que a Roberto Bolaños, Javier Marías, Enrique Vila-Matas, Elena Poniatowska y Fernando Vallejo. Son simples gustos, cercanías y lejanías que no niegan la calidad literaria en ningún caso. Lo mismo puedo decir de los escritores de mi país, pero si me preguntan creo que Victoria de Stefano es el proyecto literario que me parece más interesante. No es fácil mantenerse al día en materia narrativa en Venezuela, donde ya no llegan libros del exterior sino en pequeñísima medida, por iniciativa personal generalmente.

Me siento libre, sí, en un país con rasgos totalitarios donde el futuro se ha cancelado hasta nuevo aviso, libre por cuanto mantengo mi conciencia alerta ante el derrumbe de un país que, de ser la gran promesa en América Latina, está por debajo de Haití, el lugar común de la miseria en el continente. La libertad de conciencia desde luego tiene límites claros frente a un régimen como el venezolano. En un país donde el gobierno obliga a la población a tener un carnet que sirve de instrumento de control poblacional e identificación partidista, como es el carnet de la patria, exigido hasta para obtener una bolsa de comida, hay poco lugar para el heroísmo. No se trata tampoco de ser una Anna Ajmátova y sacrificarse, entre otras razones porque el gobierno no persigue escritores, su problema es la televisión y la radio. Con la destrucción de la economía de mercado y el control del suministro de papel para imprimir, se ha reducido a las editoriales que todavía están abiertas a su mínima expresión. Además, en un país hiperinflacionario y desabastecido, pagar un libro es demasiado cuesta arriba.

En La escribana del viento (2012), mi novela histórica más reciente, el abuso de poder en la colonia remite desde luego a mi visión de venezolana bajo el chavismo-madurismo. De haberla escrito hace veinte años, cuando se me ocurrió, tal vez sería distinta. Precisamente por interesarme en temas históricos y ser por naturaleza estoica, sé que el chavismo-madurismo pasará como el nazismo, el fascismo y el comunismo en el este de Europa y en China. Lamentablemente nos tocó vivirlo, cual les aconteció a los europeos que padecieron regímenes totalitarios

en los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Ignoro cuándo terminará esta tragedia pero todo tiene un final. También mi vida, por lo que dedico mis energías a escribir mis memorias desde que Hugo Chávez llegó al poder hasta el 2017. Respecto a la ficción, tengo entre manos otra novela distópica.

Se ha sufrido mucho durante la revolución pero he sido, con el perdón del oxímoron, una víctima afortunada. No he perdido un hijo por hambre, violencia oficial o la delincuencia como tanta gente. Tampoco he sido encarcelada o torturada en un país con un alto número de prisioneros políticos, ni perseguida por mis libros u opiniones. Padezco el desabastecimiento de alimentos y medicinas en grado menor que la mayoría en razón de que cuento con recursos económicos personales y poseo una buena salud. Mi hijo e hija emigraron pero dispongo hasta los momentos de un pasaporte que me permite viajar a visitarlos y estar con mis nietos. He tenido suerte pues se anulan pasaportes a periodistas y políticos de manera arbitraria y se obstaculiza descaradamente la obtención de dicho documento de identidad a la población en general. Yolanda Pantin ha sido un apoyo extraordinario, una compañía de carácter afectivo e intelectual que sin duda me ha permitido enfrentar de mejor manera unos tiempos de destrucción. Ha estado conmigo estas décadas a pesar de nuestras respectivas obligaciones familiares que nos alejan por temporadas en el último lustro.

Como testigo de mi tiempo siento nostalgia del futuro que no llegó pero haber escogido una vida de lectura y escritura fue acertado. Precisamente por mi vocación cumplida hago más las palabras con las cuales se titula la edición española de los monumentales diarios del filólogo alemán de origen judío Víctor Klemperer (2003): “daré mi testimonio hasta el final”.

NOTAS

- 1 Aunque ha sido una figura importante de la resistencia cultural venezolana, aparte de feminista convicta y confesa, respeta el devenir propio de la escritura sin forzar representaciones “adecuadas”. Igualmente, confiesa que ha disfrutado las lecturas atentas de los textos de su autoría, independientemente de la mayor o menor complejidad del fundamento teórico, pero deplora la crítica militante que contempla el arte y la literatura como ejercicio vinculado a la reproducción de la ideología dominante.
- 2 Así lo afirma la crítica, actividad que Torres califica de indispensable a diferencia de tantos escritores. Sus intérpretes —mujeres en su mayoría como sus lectores, asegura— han coincidido en su lugar de excepción en la literatura venezolana y en las mencionadas constantes temáticas.
- 3 Gallegos fue el primer presidente de la república en Venezuela electo por votación universal, directa y secreta en el año de 1948. Novelista de excepción, *Doña Bárbara* forma parte de un extenso ciclo que recogió la diversidad regional y cultural venezolana de la primera mitad del siglo XX, antes de la enorme eclosión urbana que cambiaría la faz del país definitivamente. Ha sido un texto clave en Venezuela, incluida entre las novelas que delinearón un proyecto

identitario nacional, tal como lo planteó Doris Sommers en su estudio *Ficciones fundacionales: novelas nacionales en América Latina* (2004). Por su parte, el poeta Andrés Eloy Blanco, figura popularísima en la Venezuela de la primera mitad del siglo XX, tuvo un importante rol público como parlamentario. Al igual que Gallegos, fue militante del partido socialdemócrata Acción Democrática, visto como el enemigo por la gente de izquierda de los años sesenta, cuya influencia cultural condenó a ambos autores al ostracismo literario por décadas.

4 De acuerdo a información suministrada por la autora en su página web, desempeñó los siguientes cargos:

Psicóloga del Servicio de Atención Psicológica del Centro de Salud Mental del Este de Caracas. Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, 1970-1973.

Psicóloga del Servicio de Orientación de la Maternidad Concepción Palacios de Caracas, 1973-1974.

Psicóloga del Instituto Nacional de Psiquiatría Infantil de Caracas, 1974-1980.

5 El MAS fue fundado por los disidentes del Partido Comunista de Venezuela, entre los que sobresale Teodoro Petkoff, quien en su libro *El socialismo como problema* (1969) denunció la invasión soviética a Checoslovaquia como abuso imperial.

6 De la lectura del historiador venezolano Manuel Caballero se evidencia con meridiana claridad el protagonismo de los precios del petróleo en la estabilidad política venezolana. Véase *Historia de los venezolanos en el siglo XX* (2010) y *Las crisis de la Venezuela contemporánea 1903-1992* (1998).

7 Monte Ávila Editores, fundada en 1968, ha contado con un catálogo extraordinario que incluye el canon literario venezolano, primeras traducciones al castellano de autores como Tzvetan Todorov o Gertrude Stein, novelas latinoamericanas del boom y del otrora prestigioso Premio Internacional de Novela "Rómulo Gallegos". Lamentablemente la ausencia de una política efectiva mantenida en el tiempo impidió que se convirtiera en la versión venezolana del Fondo de Cultura Económica, y que cumpliera su labor de promoción internacional del libro nacional. Igual, haber formado parte de su catálogo sigue siendo un logro para los autores, Torres entre ellos.

8 A diferencia de la experiencia de autoras del mundo anglosajón como Patricia Highsmith, las latinoamericanas rara vez pueden vivir de sus libros, con la excepción de Isabel Allende y en su momento Laura Esquivel y Ángeles Mastretta. Por no hablar del caso venezolano, donde ningún escritor ha logrado tan ansiada meta. Recordando a Virginia Woolf, las 500 libras de renta —o su equivalente actual— son claves para escribir en paz e independencia. La profesionalización del escritor de literatura no existe ni ha existido por lo cual es indispensable contar con un respaldo proveniente de otra fuente. Recordemos que el campo literario venezolano fundó la legitimidad del escritor en tanto voz preclara del colectivo del mismo modo que ocurrió en Latinoamérica en el siglo XIX, diferencia sustantiva con mercados editoriales como el inglés donde tenían lugar figuras al estilo de Charles Dickens. Con el correr del siglo XX, la ciudad letrada —como la llamó el crítico Ángel Rama— continuó con esta tradición de escritores señalados con la misión de

responder a interrogantes identitarias. Algunos llegaron a presidentes de sus naciones como Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y, ya en el siglo XX, el mencionado Rómulo Gallegos. Pero la política es una forma de éxito que no es equivalente al propio del mercado. A mediados del siglo XX el modernísimo terreno de la audacia estética —esa que alentó a Carlos Fuentes, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar a plantearse el sentido trascendental del oficio como lenguaje renovador del mundo—, fue la marca de legitimidad del campo literario. La aventura estética del boom resultó un magnífico negocio editorial pero en el campo literario tal circunstancia importaba menos que el soplo innovador.

9 Quien quiera acercarse a su obra y a la crítica que la ha abordado, encontrará un material invaluable en esta página web.

10 Su obra ha recibido reconocimiento nacionales e internacionales, tal como se indica en su página web, entre ellos: 1991. Premio de Narrativa del Concejo Municipal del Distrito Federal de Caracas por la novela *El exilio del tiempo*; 1991. Premio de Novela inédita de la I Bienal Mariano Picón-Salas (Mérida, Venezuela) por la novela *Doña Inés contra el olvido*; 1993. Mención de Finalista en el Concurso de Novela Erótica La Sonrisa Vertical inédita de la Editorial Tusquets (Barcelona, España) por la novela *La favorita del señor*; 1994. Mención de Finalista en el Concurso de Novelas escritas por mujeres Sor Juana Inés de la Cruz de la Editorial Indigo y Cote-Femmes y la Escuela de Escritores de Guadalajara, México, por la novela *Doña Inés contra el olvido*; 1996. Premio Pegasus de Literatura a la mejor novela venezolana de la década por *Doña Inés contra el olvido* otorgado por la Mobil Corporation; 1999. Premio Municipal de Narrativa de la Alcaldía de Caracas por la novela *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin*; (1999, sept-oct). 2001. Premio Anna Seghers por obra general. Fundación Anna Seghers, Berlín, Alemania; Mención especial del jurado del premio de ensayo Debate-Casa de América por la obra *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana*; 2014. Premio de la Crítica a la novela del año 2013 por *La escribana del viento*. Ficción Breve, con el apoyo de la Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana y Librería Noctua.

11 Vale la pena recordar, además, que en Venezuela antes de 1998 las instituciones culturales y universitarias públicas contaron con la hegemonía del pensamiento de izquierdas.

12 Se colocará exclusivamente la primera edición. Las demás reimpressiones y nuevas ediciones están disponibles en la página web de la autora.

BIBLIOGRAFÍA DE ANA TERESA TORRES¹²

I. FICCIÓN: novelas y cuentos

- El exilio del tiempo*. Monte Ávila Editores, 1990.
Doña Inés contra el olvido. Monte Ávila Editores, 1992.
Vagas desapariciones. Grijalbo, 1995.
Malena de cinco mundos. Literal Books, 1995.
Los últimos espectadores del acorazado Potemkin. Monte Ávila Latinoamericana, 1999.
La favorita del señor. Editorial Blanca Pantin y Fondo Editorial La Nave, 2001.
Cuentos completos (1966-2001). El otro, el mismo, 2002.
El corazón del otro. Alfadil, 2005.
Me abrazó tan largamente. En *Dos novelas*. El otro, el mismo, 2005.
Nocturama. Alfa, 2006.
La fascinación de la víctima. Alfa, 2008.
La escribana del viento. Alfa, 2013.

II. NO FICCIÓN: estudios, ensayos, monografías, biografías

- Elegir la neurosis*. Editorial Psicoanalítica y Vadell Hnos, 1992.
El amor como síntoma. Editorial Psicoanalítica, 1993.
Territorios eróticos. Editorial Psicoanalítica, 1998.
A beneficio de inventario. Memorias de Altagracia, 2000.
El alma se hace de palabras. Cinco ensayos sobre escritura y psicoanálisis. Editorial Blanca Pantin, 2003.
Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina. Alfa, 2007.
La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la revolución Bolivariana. Alfa, 2009.
Lya Imber de Coronil. El Nacional y Fundación Bancaribe, 2010.
El oficio por dentro. Alfa, 2012.
El libro de Ana. Edición de autor, 2015.

OBRAS CITADAS

- Rama, Ángel. "El boom en perspectiva". *Signos Literarios* núm. 1, 2005, pp. 161-208
- Russotto, Mária. *Tópicos de retórica femenina*. Editorial Universidad de Costa Rica, 2004.